totalmente indiferente á tomarle ó dejarle, segun hallare ser mas conveniente para el servicio divino y consecucion de mi último fin.

El cuarto punto: considerar tres grados de humildad ó tres estados de virtud. El primero, de aquellos que no harán un pecado mortal por cuanto hay en el mundo, ni por la propia vida: El segundo, de aquellos que se hallan ya tan indiferentes á tener ó no tener cualquier bien temporal, que por ninguno, ni aun por la vida propia, harán un pecado venial advertidamente. El tercero, que incluye esos otros dos, de aquellos que hallando igual gloria de Dios en tener ó no tener algun bien de la tierra, por mas imitar á Cristo nuestro Señor, eligen antes pobreza que riqueza; antes deshonra, que honra; y antes dolores que regalos. Este es el sumo grado de perfeccion á que debo aspirar, y á donde, como por los escalones, por los puntos de este ejercicio me sube San Ignacio. El cual finalmente me aconseja, que para llegar á él, ayuda mucho en cualquier caso de duda, pedir á Dios en la oracion que me conceda lo que es mas contrario á mi sensualidad, como pobreza, deshonra, dolores y trabajos, para mejor asemejarme á Cristo nuestro Señor y Maestro, vistiéndome de su vestidura y libréa, pues la vistió él para mayor aprovechamiento nuestro espiritual, dándonos ejemplo para que en todas las cosas, á nosotros posibles le queramos imitar y seguir, pues él es el camino que lleva á los hombres á la vida. Aquí haré tres coloquios; uno á nuestra Señora, pidiéndole me alcance esta perfecta imitacion de su Hijo; otro al Hijo y otro al Padre, pidiéndo-

les me otorguen lo mismo; acabando el primero con el *Ave María:* el segundo con el *Anima Christi;* y el tercero con el *Pater noster.*

Aquí es de advertir, que los cuatro puntos de este ejercicio, con el órden que están puestos, son como otros tantos grados por donde N. P. S. Ignacio, con maravilloso magisterio, sube al ejercitante á aquella perfecta disposicion de ánimo, que debe tener para hacer buenas y sanas elecciones en todas las cosas y acciones, que caen bajo de su libertad, de la manera que se dirá en el siguiente ejercicio.

EJERCICIO DECIMO

DE LA SANA Y BUENA ELECCION.

Esta diferencia hay entre el hombre y las béstias, que estas se rigen por pasion ó apetito natural; pero el hombre, á título de racional, se debe regir solamente por la razon en todas las acciones y cosas que caen bajo su libertad. Y porque en el cristiano, en quien se supone la fé, la razon dicta que puestos los ojos y la intencion en el fin para que fué criado, solo aquello abrace, que mas le ha de ayudar á conseguirle; y consiguientemente, que nada abrace de lo que es malo, porque esto antes estorba, y de lo que es bueno abrace siempre lo mejor, que es lo que mas ayuda; de aquí es, que en todo buen cristiano debe haber firme resolucion de huir siempre lo que fuere malo; y de lo bueno, abrazar

siempre lo que fuere mejor. Y esta firme resolucion es el fruto que se debe haber sacado de todos los ejercicios pasados.

De donde se sigue, que lo que claramente fuere malo, y de lo bueno lo que claramente fuere mejor, no es materia de eleccion ni deliberacion; porque ya se supone, que segun buena razon, aquello sin duda debe huirse; y esto sin duda debe abrazarse.

Pero porque entre las cosas de suyo buenas, que pueden ocurrir para poder libremente tomarlas ó dejarlas por razon de su sustancia ó accidentes, ó por razon de las circunstancias del tiempo, del lugar, de la persona, etc., puede el hombre dudar cual de los dos extremos propuestos (es á saber, el tomarlas ó dejarlas) le estará mejor en órden á conseguir su fin del mayor servicio de Dios, perfeccion y salvacion de su alma; en estos casos entra la deliberacion y eleccion, y para ellos es el ejercicio de la sana y buena eleccion que San Ignacio nos dejó escrita.

Lo primero y mas principal que cae bajo de eleccion, es el estado de la vida perpétua, en quien no lo ha tomado, de cuya eleccion acertada y conforme á la voluntad de Dios, depende muchas veces el concierto y la bondad de toda la vida, y lo que es mas, la salvacion; porque en aquel estado en que quiere que yo le sirva, me tiene Dios, antes que en otro, preparados los auxilios eficaces de su gracia, con que le he de servir. Y aunque todos los estados, aprobados por la Iglesia católica, son buenos en sí, como el de matrimonio, el de continencia, el eclesiás-

tico y el religioso; pero no todos son buenos para todos, como los manjares, aunque sean todos buenos en sí, no todos aprovechan á todos los estómagos; y los que son sanos para unos, son nocivos para otros; y los que para unos son menos buenos, para otros son mejores; por donde se ve cuánta sea la importancia de una muy atenta, madura y deliberada eleccion acerca del estado; por falta de la cual, muchas sin duda, despues de una vida inquieta, desasosegada, descontenta y penosa, han perdido el último fin para que habian sido criados.

Lo segundo que cae bajo de eleccion, es la reforma del estado, en quien ya le tiene, en cuanto á las cosas particulares que le pertenecen, como si ha de tener tantos y tales criados, mas ó menos; si ha de hacer tantos y tales gastos; si ha de dar tantas y tales limosnas, mas ó menos; y así de las demás cosas.

Lo tercero que cae bajo de eleccion, es cualquiera otra cosa que ocurre, de suyo buena ó indiferente, acerca de la cual es dudoso, si me estará á mí bien el tomarla ó dejarla, como es: cualquier oficio, beneficio, empleo, ocupacion, accion de importancia, modo ordinario de vida, distribucion de tiempo y las demás.

La disposicion que debe tener el que ha de hacer buena eleccion, es, lo primero: que puesta la mira en el fin para que fué criado, esté totalmente indiferente para tomar ó dejar la cosa de que se trata, segun viere que mas conduce para el dicho fin, sin otro algun respecto; en la cual indiferencia se debe haber puesto por el ejercicio precedente. Lo segundo, que se ponga á ha-

cer su eleccion, no cuando tiene el ánimo inquieto ó turbado y oscurecido con alguna pasion ó tentacion, sino cuando le tiene quieto, tranquilo y sereno.

FORMA DE ESTE EJERCICIO.

La oracion preparatoria, será la de siempre. La composicion de lugar, poner delante de los ojos del alma la cosa sobre que se ha de hacer la eleccion, y carear los dos extremos de tomarla y dejarla, ó de tenerla y no tenerla, con el fin para que fué criado, que es servir, honrar y glorificar á Dios en esta vida, dándole gusto en todo, y despues gozarle en la otra. La peticion, pedir á su Magestad, que me dé luz y gracia para elegir, de los extremos propuestos, el que mejor me ha de ayudar á la ejecucion y consecucion de este fin.

EL PRIMER PUNTO será discurrir, considerando en particular las conveniencias y comodidades, ó por el contrario, los estorbos y peligros que en órden al dicho fin para que fuí criado, precisamente, y sin otro algun respecto, se me seguirán, ya de tomar ó no tomar la cosa propuesta, ya de tenerla ó no tenerla. Y habiendo así discurrido y ponderándolo bien todo por ambas partes, veré á cuál de ellas, la razon, pura y libre de toda pasion y afecto sensual, se inclina, y aquella elegiré.

EL SEGUNDO PUNTO será considerar, que otro hombre, á quien yo nunca hubiese visto ni conocido, teniendo entre manos la misma materia que yo tengo para elegir, me pidiese consejo; y aquello que, todo bien considerado yo le aconsejaria, juzgando seria en él para mayor gloria de Dios y perfeccion mayor de su alma, eso he de escoger para mí.

EL TERCER PUNTO, considerarme en el artículo de la muerte, y ponderar atentamente, cuál de los dos extremos ahora propuestos quisiera entónces haber elegido, que ese mismo es el que ahora me conviene elegir.

EL CUARTO PUNTO, considerarme asimismo en el dia y hora del Juicio, delante del tribunal de Dios, para darle cuenta de todas mis acciones y elecciones hechas en esta vida; y la que juzgare que entónces querria haber hecho en la materia presente, esa misma debo hacer.

EL QUINTO PUNTO: hecha ya mi eleccion por los puntos precedentes, volviéndome á nuestro Señor, se la ofreceré, rogando á su Magestad la acepte, reciba y confirme: que si con este ofrecimiento, de veras y con sinceridad hecho, se halla mi alma quieta, sin escrúpulo y consolada, será argumento que la eleccion está bien hecha, pura y sin mezcla de torcida y pura afeccion.—*Pater noster.*

Con este ejercicio de la sana y buena eleccion, remata S. Ignacio los de la segunda semana.

Y aquí se le advierte al ejercitante lo primero: que esté muy sobre sí para no obligarse con voto á cosa ninguna, llevado del fervor del espíritu, sin consultarlo antes con el padre de espíritu, ó con algun confesor, y tener de él su aprobacion.

Lo segundo se le advierte; que cuando habiendo discurrido por los puntos sobredichos acerca de los extremos, que son materia de su eleccion,

hallaré que igualmente conducen á la mayor gloria de Dios y bien de su alma, entónces es la ocasion de poner en práctica el grado último de perfeccion, de que se habló en el cuarto punto del ejercicio pasado, eligiendo aquel extremo que fuese mas penoso y contrario á la sensualidad, para mejor imitar á Cristo nuestro Señor.

Lo tercero, se le advierte: que para fortalecer el propósito de la eleccion hecha, y vencer las nuevas dificultades que suele traer consigo la ejecucion de la cosa elegida, ayuda grandemente la consideracion de las hazañas y victorias de Cristo nuestro Señor en su sagrada pasion; y por esto San Ignacio, concluida la segunda semana con este ejercicio, emplea toda la tercera en meditaciones de la sagrada pasion.

Lo cuarto, se le advierte: que una vez hecha la eleccion conforme á las reglas dichas, de ninguna manera ha de hacer en ella mudanza, especialmente en tiempo de desolacion; esto es, cuando interiormente se halla turbado ó inquieto con alguna tentacion ó pasion, que causa oscuridad interior, ó con alguna afeccion ó inclinacion á las cosas terrenas; porque este no es tiempo de alterar nada en lo bien elegido; pero si pasada la borrasca y vuelta la serenidad del alma y tranquilidad interior, ocurrieren tales circunstancias nuevas, que le parezca necesario volver á deliberar sobre la cosa elegida, entónces se podrá hacer la eleccion de nuevo, conforme á las mismas reglas dadas.

Y últimamente se le advierte; que cuando la cosa elegida es de tal calidad, que pide tiempo sucesivo para su ejecucion; en tal caso se podrá

aplicar á ella el exámen particular, para que mejor ó mas brevemente se ejecute y consiga lo que se pretende.

EJERCICIO UNDECIMO.

DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

No hay cosa que así aliente al buen soldado en la batalla, como ver las victorias que su capitan alcanza en ella. Por esto recogiendo en este ejercicio todos los de la tercera semana de S. Ignacio, mostrarémos al ejercitante (resuelto ya por los de la segunda á seguir á Cristo en la conquista de su reino) las ilustres victorias que este nuestro Rey y Capitan, en el tiempo de su pasion alcanzó de aquellos tres enemigos, contra los cuales debe hacerse esta guerra; venciendo nuestro apetito desordenado de riquezas, con su pobreza; y nuestro apetito desordenado de honra, aplauso y estimacion de los hombres, con sumo desamparo y deshonra; y nuestro apetito desordenado de deleites y regalos con sus sumos dolores.

La oracion preparatoria, será la ordinaria. La composicion de lugar, mirar á Cristo nuestro Señor clavado en la Cruz. La peticion, que me dé gracia eficaz para que yo imite sus hazañas en esta espiritual conquista.

EL PRIMER PUNTO: considerar la pobreza que Cristo nuestro Señor padeció en el tiempo de su pasion, que fué tal, que le faltaron generalmente

todas las cosas: pues ni tuvo una cama en qué morir, ni un lienzo con que cubrir su desnudez, ni un vaso de agua con qué apagar su sed, ni otro alivio para refrescarse en la agonía de su muerte, sino el de la hiel y vinagre. Y diciendo San Pablo: que la suma pobreza es tener con que cubrir el cuerpo y con que sustentarle, sin buscar otra cosa fuera de esto: aquel Señor que siendo tan rico, se hizo pobre por nosotros, pasó mas adelante, pues ni tuvo con qué cubrirse, ni con qué satisfacer su sed: y siendo así que los que mueren, por pobres que sean tienen derecho á su sepultura y á su mortaja, y á disponer de lo que tienen, aun de esto careció el Señor, pues fué enterrado en sepultura agena, y con mortaja dada de limosna, y no pudo mandar á quien quisiera las vestiduras de que usaba, y que solas tenia; sino que se vió despojar de ellas, y que los soldados las repartieron y sortearon á su gusto. ¡Oh riqueza de los cielos, con cuán extremada pobreza peleaste contra el desórden de mi avaricia.

EL SEGUNDO PUNTO: el desamparo que Cristo tuvo en su pasion fué tan grande, que pudo decir con el profeta, que mirando á una parte y otra, no hallaba quien le conociese, porque aun sus mas conocidos le habian faltado: y tanto fué mayor este golpe y caida, cuanto fué de mas alto; porque habiendo sido estimado como santo, reverenciado como profeta, oído como gran maestro y predicador: seguido de todo el concurso del pueblo en el templo, en las sinagogas, en el desierto, en la mar y en la tierra; engrandecido por sus milagros tantos y tan ilustres; querido y

amado por los contínuos beneficios que recibian de él: todo esto se mudó súbitamente en desconocimiento, desprecio, infamia y aborrecimiento.

Porque sus naturales le procuraron la muerte con suma injusticia; los gentiles romanos se la dieron con suma crueldad; los sacerdotes y letrados eran como la levadura, con que toda la masa del pueblo quedó avinagrada contra el Salvador; los príncipes soplaban el fuego, y en los populares se encendió tal llama, que no se pudo apagar con tantas afrentas y dolores: hasta en los suyos, que habian seguido su escuela, halló poca firmeza y lealtad; porque de sus doce apóstoles escogidos, uno le vendió, otro lo negó, y los demás le desampararon, dejándole solo en poder de sus enemigos: lo cual aunque su Madre no hizo, pero no le pudo ayudar ni defender; antes le acrecentaba intensamente el dolor con su presencia, y el Eterno Padre que pudo, no quiso por entónces volver por él; cosa con que sus enemigos le daban en rostro y que le obligó á decir: Dios mio: ¿por qué me has desamparado? De esta manera venció Cristo, nuestro desordenado apetito de aplauso y estimacion humana.

EL TERCER PUNTO: la deshonra del Salvador en su pasion fué de suma grandeza, porque creció por parte de su persona, que era verdadero Dios; y en cuanto hombre, tuvo de sus deshonras tanto mas vivo el sentimiento, cuanto era de mas alto corazon. Creció por parte de la altura de estimacion á que habia llegado, cayendo de ella en el extremo mas abatido de ignominia; porque el pueblo que tanto le reverenciaba, estimaba y seguia, viéndole tan afrentosa-

mente preso por los príncipes y magistrados, luego (como suele acaecer) se dió por burlado en la opinion que de él tenia; y, como corrido de haber hecho tanta honra á un hombre falso y engañador, procuraba deshacer el yerro con nuevas invenciones de injurias.

Creció por parte de las personas que le deshonraron; porque los letrados y mas ancianos, los pontífices y sacerdotes, los magistrados y jueces, que era la gente mas acreditada en letras y religion, y de quien menos se podia presumir ignorancia ó injusticia, estos fueron los que despues de mucho acuerdo, y habiendo examinado la causa en su concilio, le declararon por digno de muerte, y todo el pueblo se la pidió, y hacia fuerza al presidente con violencia popular para que se la diese: y los soldados gentiles, gente sin Dios, vil y soez, fueron los verdugos que la ejecutaron, poniendo en él las manos y la lengua sin género de vergüenza ni cortesía: á que se agrega el haberle vendido uno de sus discípulos, otro negado y todos desamparado, que cada cosa de estas por su parte agravó su deshonra.

Creció ésta tambien por parte de los delitos de que le acusaron que fueron muchos y gravísimos: es á saber, de blasfemo contra Dios, que se hacia hijo suyo, é igual con él: de traidor á los reyes, que les usurpaba su título y dignidad, y el pagarle sus derechos y tributos: de hombre embustero, alborotador, que traia el pueblo levantado é inquieto, juntando escuela y enseñando doctrina nueva y perniciosa, discurriendo por toda la tierra, sin tener domicilio señalado: de hechicero y encantador, que con milagros falsos

y aparentes, hechos por arte del demonio traia la gente embelesada: que todos eran crímenes gravísimos, y que contenian en sí otros muchos.

Creció últimamente su deshonra por parte de las cosas que hicieron con él, que todas fueron llenas de dolor y de ignominia; porque lo primero, lo prendieron de noche, y en el campo, con alboroto: lleváronle por la ciudad atado y con afrenta, examinaron su causa con violencia: y uno de los criados del pontífice, injuriándole de palabra como á descortés, le dió una bofetada en el rostro delante de su amo y del concilio de los sacerdotes: los que aquella noche le guardaban, la gastaron en su deshonra, porque le cubrian los ojos y le escupian el rostro; y dándole de bofetadas y pescozones, reian y mofaban de él, como de profeta falso y mentiroso; lo llevaron por las calles, de unos tribunales en otros, diferentes veces; Herodes le vistió con suma ignominia para burlarse de él como de loco; Pilatos le desnudó con suma vergüenza en un pretorio, para azotarle como á ladron; la guardia de los gentiles le puso en la cabeza una corona de espinas y le adoró como á rey de burlas; el pueblo de los judíos no le quiso admitir, ni confesar por verdadero rey; puesto en competencia con un ladron sedicioso y homicida, dió al homicida libertad, y al Autor de la vida tuvo por indigno de ella, pidiéndole á voces para ser crucificado; condenóle el juez, y siendo de suyo el género de muerte tan infame, la hicieron mucho más con la compañía de dos ladrones; y haciéndole llevar por toda la ciudad el madero afrentoso de

su cruz, le colgaron en ella ignominiosamente á vista de tanta gente como habia ocurrido á la celebridad de la Pascua. Y como si todo esto no bastara, estando agonizando y con las ánsias de la muerte, le decian blasfemias horribles, dándole en rostro con los delitos que él no habia hecho, y ellos le habian levantado. ¡Oh honrador y honra de los hombres, quién así te ha deshonrado por ellos! ¡Oh ceguedad de los que preciándose de cristianos, con tantas ansias y diligencias buscan su propia honra!

El cuarto punto será considerar los dolores que Cristo nuestro rey padeció en su pasion, que fueron tantos, que pudo bien decir de él el profeta, que desde la planta del pié, hasta lo mas alto de la cabeza, no tenia cosa sana, y que todo estaba hecho una llaga como leproso, sin haberle quedado color ni hermosura, ni señal por donde fuese conocido: las espaldas abiertas, y todo el cuerpo llagado de los azotes; los hombros molidos con el peso de la cruz; el pecho descoyuntado y estirado en ella; la cabeza traspasada con espinas, y, á causa de la mala noche, flaca y desvelada; los cabellos mesados; la barba arrancada; el rostro golpeado con bofetadas; la boca seca con la sed; la lengua amarga con la hiel que le habian dado; las venas desangradas; las piernas y brazos estirados, hasta contársele los huesos; las manos y piés barrenados con clavos; y colgado con ellos de un madero por sus mismas heridas, que con el peso de su mismo cuerpo se estaban abriendo mas y mas; el corazon afligido, y finalmente, todo tan lleno de dolores y de aflicciones, que aun cuando no hubiera tenido herida alguna mortal, hubiera espirado por sola la fuerza de ellos. ¡Oh Dios impasible, cuán léjos está de imitar las hazañas de tu pelea, quien se anda tras los deleites y regalos!

De esta manera peleó nuestro Rey para conquistarnos su reino, contra los tres enemigos, que son nuestros tres desordenados apetitos de riquezas, deleites y honras que nos hacen la guerra, para que no entremos en él: y de esta manera á su imitacion, debemos nosotros tambien pelear contra ellos, si queremos cumplir las leyes de soldados honrados, y tener parte en los frutos de la victoria.

Y para que no nos acobarde nuestra flaqueza para la imitacion del que sabemos que tenia fortaleza de Dios, pongamos últimamente los ojos en tantos hombres como ha habido, flacos como nosotros, y no obstante eso, con la ayuda de su gracia, han sido valientes imitadores suyos, tantos cuantos han sido los santos que ha habido en la Iglesia, así confesores como mártires: consideremos sus proezas y hazañas en esta espiritual milicia: y si pues ni ellos fueron de otra naturaleza distinta de la nuestra, ni tuvieron otro Dios mas generoso que el nuestro, animémonos y resolvámonos á imitarlos, para que así como ellos triunfaron, nosotros tambien triunfemos.

Y pues tenemos sobre nosotros como dice San Pablo, tan grande nube de testigos que nos estan mirando y animando con sus ejemplos, desembarazándonos de todo el peso de los bienes terrenos y de sus desordenados apetitos, que por todas partes nos combaten para hacernos pecar,

corramos por medio de la paciencia á pelear en la batalla, que nos está propuesta para conquistar y conseguir el reino del cielo, llevando siempre para imitarle, puestos los ojos en el Autor y Consumador de la fé, el cual teniendo libertad para elegir entre el gozar y el padecer, se abrazó con la cruz, no haciendo caso de su confusion, para subir por ella á su trono, y para persuadirnos á todos con su ejemplo, además de la fé de su palabra, de que, si por medio de la mortificacion muriéremos con él, viviremos con él; y si padeciéremos con él, reinaremos con él, y no de otra suerte, como el mismo apóstol nos testifica. Acabar con un coloquio, pidiendo al mismo Señor su imitacion perfecta.—*Pater noster.*

En este ejercicio se comprenden, como está dicho, todos los de la tercera semana de San Ignacio.

EJERCICIO DUODECIMO.

DEL AMOR DE DIOS.

Este es el último ejercicio de la cuarta semana de San Ignacio; para lo cual dispone el santo al ejercitante por todo el resto de ella, con meditaciones de los misterios de la resurreccion de Cristo Señor nuestro, y el fruto que con él se pretende, que es el amor de Dios perfecto, es el fin de todos los ejercicios, y de toda la vida espiritual.

Antes de entrar en él, supone el santo dos

principios ciertos. El primero: que el amor más consiste en obras que en palabras, segun aquello de San Juan en su primera Epístola: Hijitos mios, no amemos de palabra y con sola la lengua, sino con obras y con verdad. De donde vino el proverbio comun, obras son amores, y no buenas razones. Y concuerda lo que tambien nos dice Cristo en su evangelio por San Juan: si me amais, guardad mis mandamientos. Y luego: el que tiene y guarda mis mandamientos, ese es el que me ama.

El segundo principio es: que las obras en que el amor consiste son, dar cada uno de los que se aman, al otro, de todo lo que tiene ó puede; como si tiene ciencia, honores, riquezas, etc., comunicárselas en cuanto pudiere; de manera que el amor verdadero principalmente consiste en la comunicacion de los bienes del amante al amado.

Tambien se puede poner por principio, para dar fuerza á los discursos de este ejercicio, lo que dice el Espíritu Santo en los Proverbios: que los que dan dones, roban los ánimos de los que los reciben, y aquellos proverbios vulgares: dádivas quebrantan peñas: el amor es piedra imán del amor; amor con amor se paga, y no con otra cosa, ni con menos.

La oracion preparatoria, será la ordinaria. La composicion de lugar, imaginarme delante de Dios, benigno y amoroso para conmigo y delante de todos sus ángeles y santos que le ruegan por mí. La peticion, pedir conocimiento verdadero de tantos beneficios como Dios me ha he-